

FRANCESC MIRALLES

RETURUM 2

LA NIEVE NEGRA

LUNA  ROJA

Primera edición: mayo de 2011

Ilustración de cubierta e interiores: Berto Martínez
excepto ilustración de las págs. 21 y 153, Franzi Rosés
Diseño de cubierta e interior: MBC

www.francescmiralles.com

Edición: Marcelo E. Mazzanti
Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir
Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

© Francesc Miralles, 2011, por el texto
© Berto Martínez, 2011, por las ilustraciones
© Franzi Rosés, 2011, por las ilustraciones de las págs. 21 y 153
Textos citados, © sus respectivos autores
© La Galera, SAU Editorial, 2011
por la edición en lengua castellana

Luna Roja es un sello de la editorial La Galera

La Galera, SAU Editorial
Josep Pla, 95 - 08019 Barcelona
www.editorial-lagalera.com
lagalera@grec.com

Impreso en Egedsa
Roís de Corella, 16
08205 Sabadell

Depósito legal: B-12099-2011
Impreso en la UE

ISBN: 978-84-246-3616-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que pueda autorizar la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

UNA CARTA BAJO LA FLOR

«Los muertos viven gracias al amor.»

JOHN FOWLES (EL MAGO)

Querido Julián,

Ya han pasado tres años desde aquel domingo que nunca debió existir. Te escribo mi carta antes de hermanarme contigo en este frío y desolado cementerio.

El funcionario ha cerrado la puerta y ni siquiera he tenido que esconderme. Está tan acostumbrado a mis visitas que, para él, me he convertido en una escultura más de este camposanto urbano. He dejado de importarle. Mejor así.

Antes de envolverme en la manta para protegerme del frío de fuera y del de mi propia alma, te escribo a la luz de una vela. Luego doblaré el papel vegetal en cuatro y lo ocultaré tras la flor violeta de mi pecho, muy cerca de mi corazón, como me enseñaron los pálidos.

Te echo de menos, hermano.

Miles de veces se ha proyectado en mi mente la película de nuestra desgracia. Me veo en el garaje de papá, convenciéndote de que tomemos prestada la vieja Sanglas para dar una vuelta. Oigo el zumbido de la puerta que se abre y el rugido de la moto al arrancar. Cuando tomo la carretera de bajada, me dices desde atrás «Ten cuidado». Un segundo después veo el camión que se

nos cruza y el mundo que da vueltas a mi alrededor, como si el mecanismo que lo mueve hubiera enloquecido. Luego la nada.

He olvidado casi totalmente lo que hice los meses siguientes a tu viaje sin retorno. Sólo recuerdo que mamá se marchó a Estados Unidos, que papá se volvió un muerto viviente, como yo, pero sin disfraz romántico.

Sigo pensando que la muerte se equivocó al elegir a su víctima. Debería haberme llevado a mí, que sólo sumo problemas al mundo, y dejarte a ti con vida.

Pero supongo que es demasiado tarde para lamentaciones.

Durante estos tres años pensé que pronto vendría a hacerte compañía al otro lado de la vida, pero un segundo accidente me lo impidió. El primero te quitó a ti la vida y mató mi alma. El segundo me la devolvió.

Ese accidente se llama Alexia.

Ella me rescató del mundo de los muertos vivientes, quizás porque arrastra su propio tormento y es más fuerte que yo.

Me siento culpable por amarla. Después de lo que te hice, no merezco la felicidad, y ella es lo más parecido a ese estado que puede existir para mí. Tal vez sea una felicidad oscura, llena de turbulencias y puntos ciegos, pero felicidad al fin.

Cuando miro sus ojos negros y profundos, al acariciar sus cabellos y besar la blancura de su piel, cada vez que me habla, cuando caminamos de la mano, compartimos el silencio o hacemos el amor, siento que ella es el único mundo al que pertenezco.

Alexia dice que no debería amarla, que es un monstruo por haber enviado a su hermana a la muerte. Pero yo soy otro monstruo, y nuestras almas encajan como un puzzle perfecto formado por dos piezas negras.

Desde el otro lado de la vida, debes de preguntarte por qué te explico cosas que ya sabes, puesto que nunca he dejado de sentir tu aliento, hermano. El motivo por el que he venido a pasar otra noche a tu lado, y por el que clavaré este mensaje bajo la flor, es que tengo miedo.

Nunca he temido a la muerte, ya lo sabes, pero me aterroriza pensar en una vida sin Alexia. Hace unos días, cuando nos reencontramos después de un largo silencio, me dijo que tenía que estar preparado para su desaparición. Dice que va a hacer algo terrible y que debe hacerlo sola. Le he preguntado muchas veces sobre ello, pero no quiere hablar. Cuando tocas una de sus zonas de sombra, se vuelve el ser más hermético del universo.

Mi pregunta es qué puedo hacer para retenerla. Alexia me pide que deje morir el mañana, pero no puedo vivir con esta incertidumbre. Sé que me volveré loco si vuelve a desaparecer.

Apiádate de mí desde tu eternidad, hermano, y dame algún consejo. Sé que resulto algo patético desde que me he enamorado, pero mi mal ya no tiene cura.

Tuyo siempre,

Christian



UNA PREGUNTA SILENCIOSA

*«Si tienes amor, no necesitas poseer nada más.
Y si no lo tienes, entonces no importa mucho lo que poseas.»*

J.M. BARRIE

Me desperté bajo la primera luz de la madrugada. Un gato maullador hizo que sacara la cabeza de la manta en la que me había enrollado junto al nicho de Julián.

El cementerio de Horta estaba congelado en un expresivo silencio, sólo quebrado por aquel felino negro. Subido en un mausoleo, con sus agudos maullidos parecía invitarme a salir del recinto antes de que llegara el guardia de la mañana y se montara un cirio.

Tras besar la losa de mi hermano, entregué los restos de mi cena a aquel oscuro amigo, que se limitó a vigilar cómo salía sigilosamente de la ciudad de los muertos.

Salté el muro del cementerio con la soltura que da haberlo hecho ya cientos de veces. Desde que había ingresado en Retrum, no había semana que no durmiera al menos una noche entre las tumbas. Tras el asesinato en Highgate de la hermana de Alexia, los cuatro pálidos habíamos abandonado aquella práctica un tiempo, pero en enero volvimos a las andadas.

Mi padre me había enviado a una psicóloga y había tratado de sobornarme de todas las formas posibles, pero finalmente me ha-

bía dejado por imposible. Ya se había acostumbrado a mis desapariciones nocturnas. Mientras siguiera acudiendo puntualmente al instituto, donde cursaba mi último año, no cumpliría su amenaza de mandarme a Estados Unidos con mi madre. Ese era el trato.

Bajé los escalones del metro con la cabeza espesa. Me esperaba una pequeña odisea hasta llegar a Teià. Una docena de paradas para la estación de tren, donde con suerte necesitaría media hora más hasta El Masnou. Desde allí tendría que hacer dedo o patear un buen trecho carretera arriba hasta el pueblo.

Cuando el vagón se hubo llenado de oficinistas, noté que yo era el centro de todas las miradas. Sólo entonces me di cuenta de que había olvidado quitarme el maquillaje blanco y el pintalabios lila. Lorena siempre insistía en que la máscara de la palidez debía restringirse al cementerio, pero aturdido por el frío de la noche se me había olvidado.

Empecé a desmaquillarme a toda prisa mientras se vaciaban los asientos a mi alrededor.

Ese es el drama, pensé mientras completaba la operación: los que creen estar vivos están muertos, y a su vez ignoran que los muertos viven entre nosotros.

+ + + +

Eran las nueve pasadas cuando, lleno de hastío, culminé la cuesta hasta el instituto de Teià, un edificio moderno encaramado en una ladera frente al mar.

Llegaba tarde a clase de inglés, así que guardé la manta en una taquilla del gimnasio y me dirigí indolente hacia el aula en el primer piso.

Ser el bicho raro de la escuela, por no decir del pueblo, tiene sus ventajas, así que el profesor no me reprendió al verme empujar la puerta sin ninguna disculpa. Ocupé mi asiento entre los alumnos soñolientos. Y eso que habían dormido en una cama bajo cubierto.

Al abrir la carpeta para sacar los apuntes, encontré una fotografía de Alexia y me quedé unos segundos pegado a ella. Se había ido diez días de viaje con sus padres —por eso los pálidos no nos habíamos reunido el fin de semana—, y su ausencia me quemaba por dentro.

Al sacar una hoja en blanco y el listado de *phrasal verbs*, me di cuenta de que había algo sobre mi pupitre. Concretamente, un sobre azul cielo de pequeño formato. Adivinando quién lo había dejado allí, extraje de su interior una nota de cuatro líneas escrita en una caligrafía impecable.

Este atardecer, en la playa del fin del mundo.

Te ruego que vengas sólo esta vez.

Nunca más tendrás que hacerlo.

Hay algo importante que debes saber.

Dirigí la vista hacia Alba, con quien había dejado de compartir pupitre desde nuestro breve y accidentado romance. Ahora yo estaba solo en la mesa y ella ocupaba la primera fila, tal como correspondía a una alumna brillante.

Sus ojos azules y miopes me escrutaron a la espera de mi respuesta. No le di la menor señal.

Dos babosos que se sentaban detrás de ella me miraron con odio. Nadie entendía cómo la chica más atractiva del centro se ha-

bía colgado de un espectro como yo. Desde que se había quitado las gafas y había cambiado la indumentaria hippie por ajustados vestidos de diseño, a Alba le tiraba los tejos media escuela.

Sin embargo, ella seguía obcecada conmigo. Tal vez porque había renunciado a ella para estar con Alexia, se sentía herida en su orgullo y me quería recuperar a cualquier precio. No se daba por vencida.

La pregunta silenciosa que yo no quería responder estaba paralizándolo a la clase. Además de Alba, que seguía clavando sus ojos en los míos, a sus pretendientes se habían sumado media docena de chismosas que disfrutaban interpretando aquel duelo de miradas.

El profesor dejó de hablar y resopló fatigado. Era hombre de poco carácter y, en su lenguaje, aquello significaba: «¿qué coño pasa aquí?».

Antes de tener que dar explicaciones, levanté el pulgar.

Satisfecha, Alba devolvió sus ojos azules a la pizarra mientras su sedosa melena rubia volvía a desparramarse sobre sus hombros.



SABINE SICAUD

*«Estoy solo en la oscuridad.
El invierno de mi vida llegó muy pronto.
Mis recuerdos me llevan a la infancia,
a unos días que nunca he olvidado.
Oh, ¡qué feliz era entonces!,
cuando no había tristeza ni dolor.»*

STRATOVARIUS

La cita había quedado fijada a las seis y media, cuando el sol se sumerge en el helado mar de invierno. Afortunadamente los lunes terminaba clases a las cuatro, así que pude refugiarme un rato en mi habitación antes de pasar el mal trago.

Tras escuchar aquello tan importante que debía saber, le pediría que dejara de acosarme.

Convencido de que Alexia estaba muerta, tras meses de desesperación me había agarrado a Alba como a una tabla de salvación. Nos habíamos besado y habíamos dormido juntos un par de veces sin llegar hasta el final.

Con el retorno de mi hada oscura, contemplaba aquel romance de una semana como un terrible error, al que había que añadir las mentiras de Alba y su turbio papel —todavía sin aclarar— en lo que había pasado en Highgate.

Ahora que volvía a estar con Alexia, quería olvidar cuanto antes todo lo sucedido. No sólo dejar morir el mañana, como ella decía, también necesitaba enterrar el ayer para siempre. Pero al parecer, la chica cañón de Sant Berger no estaba por la labor.

Aproveché que mi padre no estaba en casa para poner a todo volumen el recopilatorio Night Shift II. Alexia me había grabado una segunda cinta con catorce canciones más, a cual más melancólica. A diferencia del primer Night Shift, en esta los clásicos del afterpunk estaban mezclados con piezas más actuales.

Pulsé el botón del viejo reproductor de casetes, que había conectado a mi cadena de música para ganar potencia.

La primera canción era una balada de los finlandeses Strato-varius llamada *Forever*. Me dejé mecer por la guitarra con aire trovadoresco, mientras conectaba el ordenador para ver si había entrado algún mensaje.

Nada.

Acaricé el corazón de alambre que Alexia había revestido con sus cabellos mientras entraba en un blog que visitaba últimamente: Criaturas de la Noche.

Aquel foro de siniestros parecía crecer exponencialmente, como si una revolución oscura estuviera a punto de tomar las calles. De los cincuenta miembros escasos que había encontrado en mi primera visita, apenas un mes antes, el número de seguidores ya superaba los dos mil.

Bajo toda clase de *nicks*, las «criaturas» comentaban libros, discos y películas, o bien organizaban quedadas en locales en la línea del Negranoche. Aquella tarde encontré un post extraordinario de una chica belga que firmaba como Nymphy. Su mensaje me hizo estremecer.

*

Queridas criaturas de la noche,

Soy estudiante de español y vivo en una pequeña ciudad de Bélgica. Desde aquí quiero daros a conocer un poema de Sabine Sicaud, una chica francesa que murió a los 15 años de osteomielitis. Una amiga mía me introdujo en su obra porque dice que pienso como Sabine.

Esta joven poeta nació en el sudoeste de Francia en 1913 y ganó su primer premio literario a los once años. A los trece publicó una antología de poemas con prólogo de una gran poetisa del momento, Anna de Noailles.

Su felicidad se vio truncada (¿se dice así?) al cumplir los quince por lo que entonces era una enfermedad misteriosa. Aquel fue su último año de vida, y escribió poemas terriblemente bellos y tristes que no se publicaron hasta tres décadas después de su muerte.

Mi preferido es *VOUS PARLER?*, «¿HABLAR CON VOSOTROS?», que he traducido con ayuda de mi profesor. Es muy fuerte.

Besos desde una calle cubierta de nieve. NYMPHY

*¿Hablar con vosotros? No puedo.
Prefiero sufrir como una planta,
como el pájaro que calla sobre el tilo.
Esperan y eso está bien,
porque no están hartos de esperar.
Yo esperaré como ellos.*

*Sufren solos. Debemos aprender a sufrir solos.
No me gusta la gente indiferente que siempre sonríe,
ni tampoco los amigos quejumbrosos.
No quiero que nadie venga.*

*La planta no dice nada. El ave enmudece.
 Qu  tendrían que decir?
Cada dolor es único en el mundo, nos guste o no.
No es el dolor de los otros, es mío.*

*Una hoja tiene su mal que otra hoja ignora.
Y del mal del pájaro, ningún otro pájaro sabe nada.*

*No sabemos nada. No sabemos nada.  Qui n hay igual a otro?
Y aunque hubiera alguien, lo mismo daría.
Esta noche no quiero oír una sola palabra vana.*

*Espero, como el viejo árbol congelado y el pinzón mudo
tras mi ventana.
Una gota de agua pura, un poquito de viento,  qu n sabe?
 Qu  están esperando?
Esperaremos juntos.
El sol les ha dicho que volver , quizás...*

SABINE SICAUD (1913-1928)

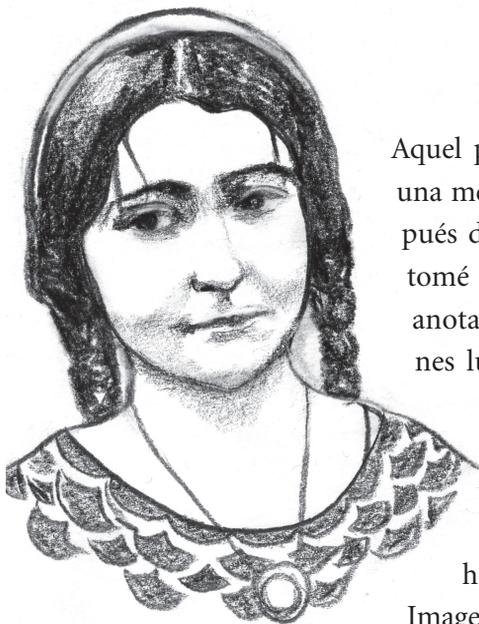
murió a los quince años, después de mucho sufrimiento

*

LA PLAYA DEL FIN DEL MUNDO

*«La seducción a menudo es difícil de distinguir del rapto.
La diferencia es que, en la seducción,
quien te rapta a veces se molesta en comprar
una botella de vino.»*

ANDREA DWORKIN



Aquel poema me había sumido en una melancolía indescriptible. Después de un tiempo sin abrirlo, retomé el cuaderno negro donde anotaba citas, poemas y reflexiones lúgubres, que luego ilustraba durante las horas muertas en clase.

Transcribí ¿HABLAR CON VOSOTROS? en una hoja nueva y busqué en Google Images un retrato de la autora. Su mirada seria y prematuramente envejecida me conmovió, así que reproduje aquella vieja foto con un lápiz negro.

Abstraído con esa tarea, no miré el reloj hasta que dieron las siete de la tarde.

Debía de hacer media hora que Alba se helaba esperándome —como el árbol de la poetisa— en la playa del fin del mundo. Ese era el nombre que ella daba a un trozo de costa despoblado entre El Masnou y Premià, el siguiente pueblo hacia el norte.

Sin duda estaría furiosa, me dije mientras me apresuraba a tomar el abrigo. Entre bajar la carretera y bordear la costa hasta aquella playa perdida, llegaría una hora tarde a la cita. Lo único bueno era que eso iba a precipitar las cosas. Ella sacaría todo el rencor que acumulaba desde el pasado invierno y pondríamos punto final a aquella agonía.

+ + + +

Contrariamente a lo que pensaba, Alba me recibió sonriente en el pequeño campamento que había montado en la playa. Como si fuera algo largamente planeado, había encendido una estufa de gas que pertenecía a la terraza de un bar. Dos únicas sillas y una mesa hacían de aquel lugar desierto un extraño punto de encuentro.

El sol ya había caído y apenas quedaban los restos de su resplandor. Un mar espeso rugía lenta y pesadamente, muy cerca de nuestros pies, como una fiera resentida.

La saludé con un beso en la mejilla, lo cual pareció ofenderla. No obstante, enseguida recuperó el ánimo y abrió una botella de vino.

Aquella estufa exterior estaba tan fuerte que abrasaba. Mientras Alba llenaba dos copas altas de fino cristal, observé aturdido su vestido rojo, que conocía bien. Lo llevaba —hasta que se lo había quitado— la noche de mi diecisiete cumplea-

ños, cuando había prendido una mecha que ella se negaba a dar por apagada.

De repente entendí que había llegado en son de guerra, y que aquello importante que quería decirme tal vez sólo fuera una excusa. O no.

Adopté mi versión más flemática, como si no me impresionara el montaje, ni el vestido, ni sus claras intenciones.

—¿De dónde has sacado todo esto? —le pregunté—. La terraza de bar más cercana está a kilómetros de aquí. No me dirás que has cargado sola este mamotreto, además de la silla y las mesas...

—Un amigo que trabaja en uno de esos bares me ha ayudado a traerlo en su furgoneta. A medianoche vendrá a recogerlo.

«Medianoche», me dije asustado. No eran aún las ocho, así que me esperaba una conversación de cuatro horas, cuando en un año no habíamos cruzado más de dos frases seguidas. Definitivamente, había caído en la trampa.

—¿Has visto qué vino he conseguido? —dijo ella muy relajada antes de llevarse la copa a los labios.

Tomé la botella con fingido interés y la acerqué a la lumbre anaranjada de la estufa: RESERVA DEL FIN DEL MUNDO, *Patagonia, Argentina*.

—Wow, te habrá costado lo tuyo encontrar esta botella.

—Más me ha costado encontrarte a ti.

Tras decir esto, levantó sus piernas bellamente formadas e hizo girar sus pies descalzos. Sin duda, me dije, se había hecho llevar aquella estufa para lucir el vestido rojo con el que me había seducido una vez.

—Puesto que nos encontramos en la playa del fin del mundo

—dije en tono frío— y vamos a brindar con la reserva del fin del mundo... supongo que esto es una fiesta de despedida o algo así.

—Yo diría que es todo lo contrario.

—¿A qué te refieres?

—No celebramos un mundo que acaba, sino algo que está a punto de empezar.

